

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.^a Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 31 de Mayo de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 23.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Proyecto de ley para la abolición de la esclavitud,
leído por el señor ministro de Ultramar en la sesión
del día 28 de Mayo de 1870.

A LAS CORTES.

La hora desde hace tiempo anhelada por el Gobierno español que debe poner término a la esclavitud ha llegado al fin. Las promesas hechas por la Revolución, los principios por ella proclamados, las aspiraciones de esta Cámara van a tener al cabo satisfacción, tanto más cumplida, cuanto por más largo tiempo ha sido esperada por el Gobierno y por las Cortes, que en nombre del patriotismo se han impuesto el duro y amargo deber de guardar silencio sobre tan vital asunto. Ninguno de los hombres que pertenecen a la Revolución de Setiembre podía consentir por un momento que la libertad, á tan alto grado levantada en nuestra Constitución y con tanto encomio, aclamada entre nosotros, no fuera bastante poderosa para redimir la más triste, la más desgraciada de las inconsecuencias humanas. Era imposible que mientras en la Península nos levantábamos al más alto grado de libertad política escrita en la Constitución de 1869, allá, lejos de nosotros, en las hermosas provincias de América, permaneciera en el fondo de una sociedad española, y como tal cristiana, abyecto y envilecido el pobre negro, reducido á la última de las condiciones á que puede conducir la negación de la libertad.

Ha sido necesario todo el amor que por la patria sienten los individuos de esta Cámara; ha sido preciso que el anhelo con que seguimos la suerte de nuestras armas tuviera en suspenso los sentimientos de todos, para que en esta Asamblea no se haya roto el silencio, y el sentimiento largo tiempo comprimido se abriera paso hasta escribirse en nuestras leyes. El Gobierno, que por sí mismo comprende el valor de este sacrificio, espera que todo el mundo hará justicia á la sensatez de la Cámara, y que la manera con la cual ha sido conducida esta difícil cuestión será una página gloriosa de la Constitución de 1869.

Pero al fin ha llegado la hora de resolverla: al hacerlo, el Gobierno ha debido distinguir en ella dos aspectos: uno es el principio, el fundamento mismo de la esclavitud; el otro es la cuestión política, la fórmula práctica de la emancipación. El Gobierno, por grandes razones políticas, entre las cuales es quizá la principal el estado de los trabajos de la Asamblea, presenta estos dos aspectos separadamente, y somete hoy á la Asamblea el más grande, el más levantado, el más fecundo: la conclusión de la esclavitud. De hoy más, si la Asamblea vota este proyecto, no nacerán ni morirán esclavos en España; y aquellos que aún por algún tiempo continúan en servidumbre la verán extinguirse contemplando nacer libres sus hijos, mirando extinguirse en pacífica y tranquila calma los días de sus mayores; y tendrán la seguridad de que, variada ya su situación, cada hora que pase disminuye su esclavitud y los acerca á su redención.

Por lo que hace á la segunda parte, á la que tiene por objeto la emancipación y la que envuelve la transición, la cuestión de hecho, el Gobierno, lejos de excusarse de resolverla ó aplazarla, pide á la Cámara la autorización para plantearla durante el interregno parlamentario, sometiéndola después el resultado de sus trabajos.

Tal es el pensamiento con que el Gobierno comprende esta reforma.

Pero al presentarla, al tener la gloria de iniciar la grande idea de la abolición, el Gobierno tiene una fortuna aún mayor, y es la de asociar á este grande acto y á este solemne momento de nuestra historia política, no sólo á todos los diputados de la Nación, no sólo á cuantos respetan la dignidad humana, no sólo á todos los que inspirados en las máximas del Evangelio consideran como un dogma la fraternidad humana, sino que le es dada también la singular satisfacción de presentar este proyecto de acuerdo con los mismos propietarios de esclavos. ¡Grande y consolador espectáculo! Porque así como fuera mengua para nuestro país el que pudiera creerse que una parte de nuestros hermanos sólo sostiene en Cuba sus intereses; así como fuera oprobio y baldón para nosotros que se creyera que la bandera de Castilla ondea en los campos de América para cobijar la esclavitud; así también será eterno blason de gloria para todos los partidos poder decir al mundo que cuando España ha tratado de concluir con la esclavitud, los dueños de esclavos, aquellos mismos que podrían representar la hostilidad y la oposición, se ponen de parte del Gobierno, se colocan á su lado para hacer suave este difícil cambio, y para que se vea que donde quiera que en lengua española se pronuncia el nombre de patria y se invoca la nacionalidad castellana no se albergan más que móviles nobles y levantados, tan altos y tan esforzados que á un mismo tiempo y con un sólo esfuerzo mantendrán la integridad del territorio y redimirán la esclavitud de los negros.

El Gobierno espera que la Asamblea unirá también unánimemente sus votos á ese concierto de voluntades que concurren á la formación de

esta ley; y ciertamente no será vulgar espectáculo ni pequeña honra para la gran Revolución de Setiembre poder dar al mundo el ejemplo de que si en un momento dado la libertad nos unió, si ella nos permitió salir de nuestro estado político, si ella fundió en un día nuestras diferencias para rescatar nuestros derechos, ella es también bastante grande, bastante fecunda para asociarlos en una sola y noble aspiración; y ante este noble propósito, lo mismo peninsulares que cubanos, lo mismo á los que tienen aquí su propiedad que á los que la poseen al otro lado de los mares, todos nos hemos unido para dar un día de gloria á nuestra patria. Y ante este ejemplo podemos robustecer nuestra fe y demostrar que no nos engañamos con vanas teorías los que, fundándolo todo en la libertad humana y creyendo en el poder de las ideas liberales, esperamos de su sincera y lata aplicación la solución de todos los grandes problemas, la conciliación de todas las grandes oposiciones de la vida nacional.

El proyecto de ley es muy sencillo: de hoy más no nacerán esclavos en los dominios españoles: los que han nacido desde el 18 de Setiembre serán igualmente libres, el Estado los redime; y ellos, más felices que sus predecesores, habrán debido á la naturaleza el doble beneficio de recibir á un tiempo la vida y la libertad. Todos los ancianos mayores de 65 años, es decir, los veteranos del trabajo, vivirán tranquilamente al lado del antiguo dueño, á cuyo bienestar contribuyeron, en los mismos campos que fecundaron con su sudor, y morirán tranquilamente, encontrando en su propio esfuerzo la redención de sus antiguos trabajos, fraternizando con sus dueños que, al ofrecerse á mantenerlos y á asistirlos en su última edad, les dan señalada prueba de que no es mentira el sentimiento cristiano que anima á la raza española.

Pero al mismo tiempo hay esclavos en Cuba que han tomado las armas, que se han batido á nuestro lado, que han enseñado al soldado español la oculta vereda, la escabrosa senda, el desfiladero por donde podía buscar al enemigo ó salir de la selva enmarañada: estos esclavos no pueden volver á serlo; la bandera española al ondear sobre su frente los ha convertido en hombres libres.

Por último, el Estado posee esclavos: estos son los que se conocen con el nombre de emancipados y los que por diferentes causas entran en su poder. Para estos la publicación de la presente ley señala el último día de esclavitud; que al Gobierno toca dar ejemplo en tan grave asunto.

Todas estas medidas exigen naturalmente una serie de disposiciones para aplicarlas. Los restantes artículos del proyecto que el Gobierno somete á la Cámara tienen por objeto resolver estas dificultades. El niño libre será mantenido y cuidado por el dueño de la madre; él le enseñará un oficio, siendo en cambio indemnizado con un tiempo de trabajo. El dueño le formará su peculio; y cuando el niño sea hombre, educado y dueño de una pequeña fortuna, entrará en la vida de la libertad con todos los elementos con que cuentan, no ya todos los hombres libres, sino aquellos de los más afortunados entre ellos.

Si por acaso los padres fueran libres, podrán reclamar siempre la libertad de sus hijos.

Como las redenciones exigen dinero, el Gobierno arbitra los recursos que sean menester para ello, y preparará los que para el porvenir les sean necesarios por medio de una imposición sobre los que aún quedan en la servidumbre, y que, si no son hoy llamados á la libertad, lo serán inmediatamente, porque el Gobierno no presenta este proyecto sin tener ya preparados también los medios de realizar por completo la emancipación á que se refiere el último artículo de la ley.

Tal es, señores diputados, el proyecto que el Gobierno somete á la deliberación de la Cámara: Sencillo en sus pormenores, claro en sus bases, perfectamente determinado en su principio, envuelve la conclusión para siempre de la esclavitud en los dominios españoles, de tal suerte que, aunque no se dictaran otras disposiciones, con estas solas habría terminado para siempre. Por eso, á pesar de la larga tarea de esta Asamblea, á pesar de las fatigas con que día y noche todos los diputados han atendido á las necesidades de la patria, el Gobierno espera que antes de separarse no habrá uno sólo que no quiera volver á su hogar llevando la inmensa satisfacción de poder decir á su familia que ha contribuido á redimir la suerte de millares de infelices, á hacer que sean verdad las palabras de la oración que enseña á decir á sus hijos.

El Gobierno espera que la Asamblea le sostendrá en su obra, y cree que esta es tan noble, tan grande, que cada uno de los diputados podrá sentirse indemnizado de las amarguras de la vida pública y de las fatigas de nuestra ya larga tarea diciendo: *Yo fui uno de los que volaron la abolición de la esclavitud.*

Fundado en estas consideraciones, el ministro que suscribe, autorizado debidamente por S. A., tiene la honra de someter á las Cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY.

Artículo 1.º Todos los hijos de madres esclavas que nazcan después de la publicación de esta ley son declarados libres.

Art. 2.º Todos los esclavos nacidos desde el 18 de Setiembre de 1868 hasta la publicación de

esta ley son adquiridos por el Estado mediante el pago á sus dueños de la cantidad de 50 escudos.

Art. 3.º Todos los esclavos que hayan servido bajo la bandera española, ó de cualquier manera hayan auxiliado á las tropas durante la actual insurrección de Cuba, son declarados libres. El Estado indemnizará de su valor á los dueños si han permanecido fieles á la causa española; si pertenecieron á los insurrectos, no habrá lugar á indemnización.

Art. 4.º Los esclavos que á la publicación de esta ley hubieren cumplido 65 años son declarados libres sin indemnización á sus dueños. El mismo beneficio gozarán los que en adelante llegaren á esta edad.

Art. 5.º Todos los esclavos que á título de emancipados ó por otra causa cualquiera pertenezcan al Estado entrarán desde luego en el pleno ejercicio de sus derechos civiles.

Art. 6.º Los libertos por ministerio de esta ley, de que hablan los artículos 1.º y 2.º, quedarán bajo el patronato de los dueños de la madre.

Art. 7.º El patronato á que se refiere el artículo anterior impone al patrono la obligación de mantener á sus clientes, vestirlos, asistirlos en sus enfermedades, darles la enseñanza primaria y la educación necesaria para ejercer un arte ó un oficio.

El patrono adquiere todos los derechos de tutor, pudiendo á más aprovecharse del trabajo del liberto sin retribución alguna hasta la edad de 18 años.

Art. 8.º Llegado el liberto á la edad de 18 años, ganará la mitad del jornal de un hombre libre. De este jornal se le entregará desde luego la mitad, reservándose la otra para formarle un peculio de la manera que determinen disposiciones posteriores.

Art. 9.º Al cumplir los 22 años, el liberto adquirirá el pleno goce de sus derechos civiles y se le entregará su peculio.

Art. 10.º El patronato es transmisible por todos los medios conocidos en derecho.

Los padres legítimos ó naturales que sean libres podrán reivindicar el patronato de sus hijos abandonando al patrono una indemnización por los gastos hechos en beneficio del liberto.

Disposiciones posteriores fijarán la base de esta indemnización.

Art. 11.º El Gobernador superior civil formará en el término de un mes desde la publicación de esta ley las listas de los esclavos que estén comprendidos en los artículos 2.º y 5.º

Art. 12.º Los libertos de que habla el artículo anterior quedarán bajo el patronato del Estado.

Este patronato está reducido á protegerlos, defenderlos y proporcionarles el medio de ganar su subsistencia.

Los que prefieran volver al África serán conducidos á ella.

Art. 13.º Los esclavos á que se refiere el artículo 4.º podrán permanecer en la casa de sus dueños, que adquirirán en este caso el carácter de patronos.

Cuando hubieren optado por continuar en la casa de sus patronos, será potestativo en estos retribuirlos ó no; pero en todo caso, así como en el de imposibilidad física para mantenerse por sí, tendrán la obligación de alimentarlos, vestirlos y asistirlos en sus enfermedades, así como el derecho de ocuparlos en trabajos adecuados á su estado.

Art. 14.º Si el liberto, por su voluntad, saliere del patronato de su antiguo amo, no tendrán ya efecto para con éste las obligaciones contenidas en el precedente artículo.

Art. 15.º El Gobierno arbitra, á los recursos necesarios para las indemnizaciones á que dará lugar la presente ley por medio de un impuesto sobre los que aun permanezcan en esclavitud.

Art. 16.º Toda ocultación que impida la aplicación de los beneficios de esta ley será castigada con arreglo al tit. 13 del Código penal.

Art. 17.º Se formará un censo de esclavos. Todo el que no aparezca inscrito en él será declarado libre.

Art. 18.º El Gobierno dictará un reglamento especial para el cumplimiento de esta ley.

Art. 19.º El Gobierno queda autorizado para tomar cuantas medidas crea necesarias á fin de ir realizando la emancipación de los que queden en servidumbre después del planteamiento de esta ley, dando en su día cuenta á las Cortes.

Madrid 28 de Mayo de 1870.—El ministro de Ultramar, Segismundo Moret y Prendergast.

NO BASTA.

La necesidad de ocuparnos en otras cuestiones de preferente interés, es causa de que hasta hoy no hayamos podido examinar el manifiesto que, al cobijarse bajo la bandera española, ha dirigido á sus compañeros y amigos el desengañado insurrecto D. Napoleon Arango. No es nuestro ánimo hacer aquí un detenido examen de este documento, cuya importancia habrán podido apreciar nuestros lectores; en él

se detallan hechos que conocíamos y se revelan otros que ignorábamos, y en este concepto ha sido su publicación conveniente y oportuna. No aceptamos sin embargo el espíritu en que se ha inspirado el Sr. Arango al escribir y dar á luz su manifiesto. Por de pronto observamos en todo él que la patria del Sr. Arango está circunscrita á los límites de la isla de Cuba, que para él no hay ese más allá, esta España, parte integrante de la misma nacionalidad, á la cual quieren vivir unidos los buenos cubanos y de la cual no conseguirán separarlos jamás, ni los desaciertos, ni la traición ni la fuerza. El señor Arango, lleno de loables sentimientos, quiere ser útil á su patria, pero su patria es no más su provincia, y posible es que algunos crean que nada le importa del resto de la nación, si la prosperidad y la riqueza están aseguradas en la Antilla. Su lenguaje se parece al de esos rebeldes algo más cultos que los que se lanzaron al campo, menos impacientes que los que promovieron la insurrección y la dirigen desde Nueva-York, que se dicen: «No es el combate el camino de la independencia; porque las armas de España y el esfuerzo de la inmensa mayoría de los cubanos están en contra de esta bandera. Para lograr su triunfo es preciso saber esperar, aprovechar el momento cuando sea llegado, someter por la fuerza á los que se oponen siempre; pedir la libertad para ir á la autonomía; pedir la autonomía para llegar á la independencia.» No anatematiza la insurrección, se lamenta solamente de las torpezas de sus hombres; no manifiesta que sea aquella punible sino que sus consecuencias pueden ser fatales para la Isla. Medio patriotismo que no podemos en manera alguna alabar puesto que á través de él vemos y veremos siempre, no ei arrepentimiento, sino tal vez el deseo de reincidir, cuando sea posible dar un golpe más seguro para acabar con la dominación española.

Pero el Sr. Arango confiesa que la insurrección que, como saben nuestros lectores, ha engrosado sus filas con esos mercenarios sedientos de dinero que sus agentes reclutan en toda América, emplean en la Isla «la fuerza, el engaño y el terror» para llevar adelante sus secuaces, y es esta una confesión que viene á probar cuán grande es el entusiasmo que sienten los habitantes de la Antilla por esa bandera que simboliza su separación de la madre patria, y la pérdida de ese bienestar que unos ilusos y malvados han podido por breve tiempo interrumpir. El Sr. Arango sólo quiere emplear «la razón, la verdad, la fuerza irresistible de los hechos y de la experiencia» y en esto se demuestra que no ha sido un insurrecto brutal como los que talan los campos, queman los ingenios, se saturan de sangre humana y llevan por todas partes el luto y el esterminio; pero sin embargo, su buena fe está extraviada puesto que todavía no tiene ese valor, que se ha dado en llamar de la inconsecuencia, y que tanto enaltece al que reconoce sus errores políticos y desea ardientemente repararlos.

¿Por qué el Sr. Arango habla de política cubana? ¿Por qué nombra *Gobierno español* al nuestro como diría *Gobierno francés* ó *norteamericano*? ¿Por qué nunca ni en ningún caso llama á España su patria, como la llaman la mayoría de los Cubanos? «El país no quiere la guerra,» asegura el manifestante y nosotros participamos en esto de su opinión. No, la isla de Cuba no quiere, no puede querer la prolongación de una guerra que tantas lágrimas ha costado, y porque no la quieren y porque desean que el dominio español quede asegurado, sus mejores hijos sacrifican sus tesoros, toman ellos mismos las armas, corren al campo

de batalla y perecen, si es preciso, para repeler á los traidores, sacar ilesta la honra nacional y defender la integridad del territorio pátrio.

El Sr. Arango, que no ha podido seguir en la compañía de esas hordas de foragidos que forman el ejército de Céspedes, no ha hecho bastante al separarse de tan mala compañía. No basta su separación, no nos satisface siquiera el manifiesto que ha dado á luz; algo más esperábamos, algo más podíamos esperar de él. Acaso mañana nos pruebe con su conducta que al separarse del bando de los incendiarios, donde por sus buenos y caballerosos instintos no le era posible estar, se abrazó con efusión á la bandera española, no quiso tener más patria que España y contribuyó de este modo á impedir que la perla de las Antillas, rica y feliz cuando vive unida á la metrópoli, fuera víctima de sus hijos espúreos y pobre y desdichada como su isla hermana Santo-Domingo.

LAS REFORMAS

EN LAS DEPENDENCIAS DEL MINISTERIO DE ESTADO.

En la sesión del día 27, pasaron sin merecer gran atención de los diputados constituyentes, los tres proyectos de ley que arreglan las distintas carreras que tienen á su cargo el servicio de la nación en el extranjero.

Desde que el Sr. Sagasta reemplazó en el ministerio de Estado al Sr. Martos, se ha hecho por punto general acreedor á los aplausos de todos aquellos que, pertenecientes á los diversos partidos políticos, aplauden las determinaciones que son equitativas y justas, sin tener en cuenta el nombre y la procedencia de la persona que las lleva á cabo. Acaso el paralelo que naturalmente se ha establecido entre los actos del Sr. Sagasta y los de su predecesor, hayan aumentado las alabanzas de que aquel ha sido objeto, por lo mismo que el segundo desorganizó las que si no eran en realidad carreras diplomáticas y consulares, podían al menos ser consideradas como tales, por lo escogido del personal que las componía y por las costumbres y los reglamentos que, por decirlo así, las gobernaban.

La importancia del cuerpo diplomático al cual dedicamos particularmente este artículo y la necesidad de que esté constituido en carrera propia, para contribuir á la promulgación de una ley orgánica que, estableciendo bases fijas, pusiera á los individuos que lo forman al abrigo de los caprichos de un ministro que, como el Sr. Martos, quisiera variar sin consideraciones de ningún género, todo el personal de nuestras legaciones, y entregar á funcionarios inespertos, por más que no les neguemos ni su inteligencia ni sus servicios políticos, los diferentes negocios internacionales que se ventilan en la primera secretaría. Los Sres. Bertran de Lis y marqués de Miraflores reglamentaron dicha carrera comprendiendo que no podía asimilarse á ninguna otra del Estado; el Sr. Bermúdez de Castro puso en 1865 á la firma de la que era entonces reina de España, un decreto fijando las bases de ingreso; el Sr. Calonge se conformó, mientras fué ministro de Estado, á dicho decreto, y cuando dejó de serlo pidió en la alta Cámara, al discutirse el proyecto de ley de empleados, en marzo de 1868, que se establecieran condiciones de seguridad para los individuos del mencionado cuerpo; y finalmente, el Sr. Arrazola, ministro á la sazón, declaró que los diplomáticos por la índole especial de sus funciones, no podían ser asimilados á los empleados económicos y administrativos, y que necesitaban que se les diera seguridad en el desempeño de sus destinos.

Pues bien, el Sr. Sagasta ha tenido el valor de dar esa seguridad que la mayor parte de sus predecesores han reconocido como necesaria, y decimos que ha tenido valor porque difícil cosa es en los tiempos que corren hacer imposible el acceso de los amigos de bandería, de los compañeros de emigración á unos puestos para los cuales no les llaman ni sus hábitos especiales, ni su educación política, ni algunas veces, sus variados conocimientos. Sin embargo, á pesar de su buen deseo y de su enérgica voluntad, el Sr. Ministro, que ha desahuciado tantas aspiraciones ilegítimas, no se ha atrevido á reparar graves daños que las circunstancias muchas veces, y el favoritismo otras, han ocasionado en la carrera diplomática. Era preciso aceptar por completo, aunque fuera pasando por cima de la justicia, la teoría de los hechos consumados para no disgustar á algún poderoso recomendante, y sólo así podremos explicar-nos que el proyecto que ha pasado á ser ley, sancione ciertos nombramientos que colocan á mayor altura que funcionarios beneméritos, encanecidos en los púlpitos de las embajadas, prestando servicios á su país, á otros que eran ayer extraños á la carrera, y que seguramente no han podido prestar idénticos servicios por hallarse todavía en lo más lozano de su primera edad.

En adelante, estos diplomáticos de nueva creación tienen asegurados sus puestos como si los hubieran alcanzado después de servir muchos años en otros inferiores, de no haber cobrado sueldo en los meses inmediatos á su ingreso ó de haber entrado al menos por la puerta del exámen que el decreto de 1865 prescribe, mientras que los antiguos diplomáticos que habían permanecido apartados de nuestras contiendas políticas, que todos los gobiernos habían respetado y que la necesidad de hacer vacantes habían relevado de sus destinos, seguirán por ahora en la misma situación, y si llegan á volver á ocuparlos, en cumplimiento del artículo 9.º del proyecto, se verán pospuestos á aquellos, aunque sean sus servicios incomparablemente mayores y más dilatados.

No creemos que sea larga la vida de esta ley que más bien que garantía de derechos legítimamente adquiridos, parece ser una sanción de determinaciones inspiradas de ordinario por el favor. Hemos visto en épocas anteriores varias leyes de empleados promulgadas y derogadas sucesivamente; y es que los gobiernos, inspirados más por el espíritu de partido que por el sentimiento de equidad que debe, en todo caso, guiar sus actos, aspiraban tan sólo á asegurar á sus amigos políticos la participación en la mesa del presupuesto, y no conseguían por esta razón sino levantar un edificio tan poco duradero como su permanencia en las alturas del poder.

La ley á que dá su nombre el Sr. Sagasta, salvo estos y algunos otros errores, nos parece aceptable porque reglamenta los ascensos, y si no corrige los excesos del favoritismo pasado, impedirá, mientras rija, los abusos del favoritismo venidero.

No podemos menos de aplaudir el artículo 3.º que niega la perpetuidad del carácter diplomático á los individuos ajenos á la carrera que desempeñen temporalmente un alto puesto en ella, porque no puede ni debe ser considerado su nombramiento, sino como una comisión que ejercen, puesto que están sujetos á cesantías y no han pasado como se previene por las cinco categorías inferiores.

También merece ser alabado el artículo 6.º que prescribe el ingreso por exámen.

Es innegable que el exámen, cualquiera que sea el porvenir que aguarde á esta ley, dá al que se somete á él un derecho que nadie puede negarle, para considerarse inamovible dentro de la carrera.

Sin embargo, la experiencia ha venido á probar que esta clase de derechos suelen ser conculcados en España, por ministros á quienes el Sr. Sagasta no ha querido por fortuna imitar, en su deseo de colocar á amigos políticos, saltando por cima de toda consideración de justicia.

Estimamos de tal importancia cuanto se relaciona con la prosperidad comercial de nuestro país, que no podemos menos de insertar integra las exposiciones que dirigen á las Cortes y á los productores nacionales los individuos elegidos para representar los intereses mercantiles de Cataluña, haciendo una minuciosa reseña de las desventajas y peligros que causarán seguramente los tratados celebrados por el Gobierno español con algunas de las potencias del continente.

A LAS CORTES CONSTITUYENTES.

Animados de un pensamiento común los que suscriben, ya por delegación de las corporaciones que en su lugar se expresan, ya por sí, como pertenecientes á las distintas clases que en Barcelona y otras poblaciones de Cataluña representan las fuerzas vivas del país; la producción bajo todas sus formas y condiciones esenciales; las ciencias, las letras y las artes; la agricultura y la industria fabril y manual; el comercio y el tráfico terrestre y marítimo, el capital y el trabajo, cada uno en su nombre, y juntos en colectividad, elevan á las Cortes de la nación su voz respetuosa para manifestarles que creen cumplir los más altos deberes que el patriotismo impone, protestando, como protestan, contra los proyectos de tratados de comercio y navegación, formulados á instancias del gobierno español con los de Bélgica, Italia y Austria, y contra cualesquiera otros que, á semejanza suya, se concierten, incluyendo en ellos, sin reserva ni compensación, la totalidad de nuestros aranceles generales y demás disposiciones recientemente dictadas en materia de aduanas.

Protestan asimismo contra la declaración firmada en 27 de Agosto último entre España y la Confederación Suiza, no por la forma en que está concebida, y que pudiera ser aceptable, sino porque, coincidiendo con los demás tratados, adquiere así una gravedad mayor que estos, pues nos obliga por diez años á tratar á dicha potencia al igual «de las más favorecidas, tanto respecto de las concesiones hechas hasta el día, como respecto de las que se hagan en lo sucesivo.»

Al tomar esta seria resolución, los que suscriben no desconocen los buenos deseos del gobierno, encaminados á obtener para los productos españoles ciertas ventajas en cambio de las que espontáneamente ha dispensado al comercio extranjero en nuestro país; conceptúan acertadas las estipulaciones convenidas para asegurar á nuestros nacionales el mejor trato á que son acreedores en materia de derechos civiles, de comercio y navegación. Pero creen firmemente que el gobierno aventura demasiado y arriesga el porvenir de la nación, comprometiéndose por medio de pactos solemnes á mantener en toda su integri-

dad las últimas reformas hechas en nuestras leyes aduaneras; consideran enorme esta concesión, de la que apenas se hallarán ejemplos fuera de nuestros antiguos tratados de funestísima memoria, y á la cual no corresponden con igual sacrificio las otras partes contratantes; y como principales interesados, ya que los españoles hemos de cumplir lo que el gobierno trata, recurran á las Cortes para rogarles que examinen las condiciones de la legislación reformada, y vean si es oportuno y si es prudente darle fuerza coactiva desde ahora por medio de tratados, que pesen el valor de las ventajas y recíprocas concesiones otorgadas, y mediten, por último, si el estado económico, financiero, administrativo y social de nuestro país puede justificar en ningún caso, no ya la oportunidad, sino la conveniencia de ligarle con vínculos más ó menos duraderos, pero de cualquier modo indisolubles.

Sin faltar al acatamiento debido á la Representación nacional, puede recordarse que las Cortes concedieron al Gobierno facultades casi omnímodas y extraordinarias para reformar los Aranceles de Aduanas, con sujeción á ciertas bases. Armado de esta autorización, el Gobierno fijó del modo que tuvo por conveniente los derechos del Arancel, estableciendo desde luego, para cada artículo, reducciones graduales y sucesivas, escalonadas en varios plazos dentro del término de doce años, hasta llegar al límite máximo de un 15 por 100 sobre el valor de las mercancías. De este modo un ministro pudo prejugarse á su arbitrio hechos futuros y eventuales, que están fuera del alcance de toda previsión humana.

Decretóse al mismo tiempo la supresión completa del derecho diferencial de bandera, no obstante haberse demostrado que esta reforma se basaba en datos evidentemente erróneos, y que á favor de aquel derecho nuestra marina mercante había adquirido un desarrollo relativamente mayor que las de muchas naciones de Europa; y esa disposición, que registró desde 1.º de Enero de 1872, quedó consignada en el Arancel.

Contra la facultad de establecer prematuramente las reducciones de derechos, los representantes de los productores nacionales reclamaron con empeño la admisión de una enmienda, propuesta por la Administración á sus instancias, para que aquellas reducciones debieran hacerse consultando *prævia y oportunamente* á las Cortes.

Objetóse, para desear esta cláusula, que era una redundancia; porque las Cortes no abdican, y conservan siempre la facultad de corregir, enmendar y aun revocar sus propios acuerdos. Y en efecto, ¿cabe admitir que, en aquel caso, renunciaran al más esencial de sus atributos, á la más mínima parte de la potestad legislativa? ¿Pudieron consentir en que los efectos remotos de su autorización, cualesquiera que estos sean y las circunstancias por que pase el país, hayan de ser irreparables, sin que valga en contrario su propia iniciativa, ni el concurso de todos los poderes públicos? Seguramente no.

Pues bien: nuestra confianza en que las Cortes no dejarán nunca ningún interés nacional desamparado, decae ante la fuerza de los pactos internacionales que han sido sometidos á la aprobación del Parlamento. Ley son los Aranceles, y ley obligatoria y acatada, cuya estabilidad es condición apetecible; pero á nadie se ofende con decir que esa legislación de ayer, que aún no cuenta un año de ejercicio; esa legislación, cuya parte más trascendental y grave no está en práctica; esa legislación del porvenir, que hace temblar á nuestras clases productoras, y que absolutamente carece de la sanción favorable de la experiencia y del tiempo, no puede ser hoy totalmente comprendida en los tratados de comercio, sin exponerse á incurrir en imprudencia temeraria, comprometiendo á ciegos los intereses de la nación.

Si queremos extender y regularizar nuestras relaciones mercantiles obteniendo las ventajas que hayan sido concedidas á otras naciones, hagámoslo en buen hora; justo es que se nos compensen, que se nos paguen de algún modo los favores dispensados al extranjero. Mas no seamos pródigos é imprevisores por parecer generosos y agradecidos; no concedamos sin reserva lo que nadie nos concede, lo que ningún pueblo inteligente y culto compromete al tratar con otros pueblos; esto es, la integridad de su porvenir económico y de su independencia de acción.

Ninguno consolida en esta forma su arancel, y menos un arancel hecho á semejanza del nuestro; ninguno otorga más que tarifas convencionales, previa y ampliamente discutidas, para obtener en cambio sólidas y positivas ventajas recíprocas; y en prueba de ello, ahí está el testimonio de esos mismos tratados propuestos por nuestro Gobierno.

Italia nos concede sus tarifas convencionales actualmente en vigor ó que se establezcan en adelante: se reserva, pues, su libertad de acción para variarlas. Austria nos garantiza, sin compensación, el trato mutuo de la nación más favorecida y sus tarifas convencionales; pero introduce en el Protocolo final excepciones y reservas importantes, respecto de las franquicias y rebajas de aduanas de que gozan ciertas fronteras, y respecto de las ventajas concedidas á los países que formen parte ahora ó en lo sucesivo de una unión aduanera con alguno de los Estados contratantes. Por esta cláusula, la unión aduanera alemana entra á gozar indirectamente de los beneficios del tratado; y como España no ha hecho igual reserva en sus demás pactos internacionales, si mañana le conviniese unirse con Portugal, no puede hacerlo sin estar obligada á conceder iguales franquicias á terceras potencias.

Además, por el art. 13, Austria guarda para sus buques la exportación ó reexportación de ciertos productos; por el art. 18 salva su facultad de imponer á los españoles derechos de consumo; y por el vigésimo obtiene el privilegio de intervención de sus consules en el nombramiento de peritos para la valoración de las mercancías.

Bélgica, esa nación modelo, que tanto ha protegido y protege de mil maneras á sus productores, se reserva en sus Aranceles la facultad de imponer recargos *discrecionales* á la navegación y al comercio de los países que no traten á los suyos favorablemente. Bélgica, en su tratado con España, elude toda declaración que limite su facultad de hacer y deshacer lo que mejor le plazca en sus leyes aduaneras, y obtiene de nosotros el sacrificio de esta facultad por haber aplicado á España el beneficio de sus tarifas convencionales con otras potencias.

Siete años hace que nos fueron otorgadas esas

tarifas; y dónde están los beneficios que de ellas ha reportado España? ¿En qué favorecen á nuestra producción ó á nuestro comercio? Una exportación mezquina de productos brutos, casi todos minerales, contra una importación doble ó triple de manufacturas belgas responden cumplidamente á estas preguntas.

Austria adquiere la seguridad de que sus trigos de Hungría, las maderas de sus inmensos bosques y los productos de su floreciente industria tendrán cada día mayores facilidades para venir á España. Bélgica y Suiza saben que sus cuantiosas y variadas producciones fabriles adquieren cada día mayores ventajas para venir á mermar el reducido trabajo de nuestros talleres y fábricas. España ignora lo que va á ganar y lo que va á perder; lo ignora el Gobierno; lo ignoran las Cortes; lo ignoran los españoles todos; porque no existen datos para calcular las diferencias entre el coste de producción de los objetos comerciables de unos y otros países, ni por consiguiente la relación de los valores con las tarifas respectivas.

Bélgica, en sus tarifas convencionales, como las demás naciones en las suyas, como Austria en su tratado con España, imponen á los productos extranjeros recargos equivalentes á los que pagan sus respectivos productores por derechos de sisa ó de consumos, y procuran establecer en todo equitativas compensaciones. No así España; pues más generosa con los extranjeros que con sus propios nacionales, permite imponer á estos hasta un 25 por 100 por arbitrios municipales y provinciales, y exime á aquellos de todo tributo interior. ¿Dónde está la reciprocidad? ¿Dónde la previsión? ¿Dónde la justicia?

Pero, aun cuando se tratase bajo el pie de la más completa reciprocidad *escrita*, esa reciprocidad sería ilusoria para España en sus relaciones con potencias eminentemente industriales, como la Bélgica, la Suiza ó la Inglaterra; y en esto estriba el error fundamental de nuestro Gobierno. Esas naciones tienen siempre una superioridad que domina y absorbe tarde ó temprano á las que se resignan á la condición de meramente agrícolas; y lo que España necesita para desarrollar su producción y su riqueza, no son tratados de esa especie, sino fábricas y mercados interiores, que centupliquen el consumo inmediato de las materias brutas y economen el gasto de su transporte, transformándolas y condesándolas en objetos de mucho valor y escaso volumen y peso.

Esto es lo que abre de par en par las puertas á la exportación de los productos, y lo que trae á las naciones la riqueza del mundo. Por esto se concibe que potencias como Inglaterra ó Bélgica, potencias dominadoras por la industria, tengan sumo interés en derribar las barreras de las aduanas; pues así facilitan su engrandecimiento, y hacen tributarios suyos á los demás pueblos. Se concibe igualmente que la Francia, gozando de paz interior, con el erario desahogado, con una agricultura floreciente, con una industria elevada á un alto grado de virilidad, exportando un valor de 7,000 millones de reales, y de ellos 4,700 millones correspondientes á productos fabriles y artísticos, se creyese ya en el caso de celebrar tratados de comercio y establecer tarifas convencionales, levantando las prohibiciones, para obtener rebajas y supresiones de derechos en favor de multitud de artículos de su producción, y ensanchar de este modo sus mercados.

Y no obstante, hoy mismo son objeto de una profunda y amplísima información parlamentaria los efectos de los tratados franceses y de otras reformas con ellos enlazadas, y en esa información se ha demostrado, sin que nadie lo contradiga, que la Francia ha perdido multitud de fábricas, y gran parte de sus mercados coloniales, y que el balance de su comercio exterior, de 1859 á 1869, arroja contra su agricultura y su industria una diferencia de 100 millones de francos.

Lo que no se concibe ni se explica, y menos en presencia de estos hechos, es la oportunidad con que España, pobre, insegura de su porvenir y quebrantada en sus fundamentos, tiene valor para lanzarse á las aventuras de los tratados de comercio: no se concibe ni se explica que, hallándose felizmente libre de compromisos y trabas, y en paz con todo el mundo, menos consigo misma; necesitando concentrar todas sus fuerzas en su organización interior, haga el sacrificio de su libertad y de sus intereses, sin verdadera compensación, y como quien paga una deuda. Y menos se comprende la imprudencia con que se encierra toda una serie de reformas comerciales en el círculo férreo de los tratados, ni la serenidad con que se garantizan, por seis, siete y diez años, favores de extensión desconocida, pero que son notorios perjuicios para los españoles.

Diez años, siete, seis bastan para determinar la ruina de un pueblo, en este siglo de la mecánica y del vapor; y además, transcurridos esos plazos, la multiplicidad de los contratos internacionales acarreará complicaciones y exigencias, que harán imposible ó muy difícil el rompimiento de los compromisos contraídos.

Cuando los apuros de nuestra Hacienda nos obliga á recurrir á frecuentes operaciones de crédito; cuando los enormes intereses de la Deuda pública impiden castigar el Presupuesto de gastos de otro modo que cercenando los servicios reproductivos y escatimando el sueldo á los servidores del Estado; cuando se aumentan las contribuciones que desproporcionadamente pesan sobre la propiedad y la agricultura, sobre la industria y el comercio; cuando falta fomentar el trabajo y disminuir la *empleofamia*, que imposibilita el planteamiento de una buena organización administrativa, ¿podemos comprometernos á no elevar las tarifas de aduanas, y á mantener indistintamente inalterables las rebajas decretadas? El déficit que muy pronto sufrirá el Tesoro por esta causa, ¿no será menester cubrirlo con nuevos empréstitos y mayores recargos de contribuciones? ¿Y quién podrá pagarlas? ¿No será entonces insostenible la posición de los productores españoles, abrumados por los tributos, en presencia de sus rivales extranjeros, libres, favorecidos y bien administrados?

No de otro modo la Nación señora de dos mundos perdió un día toda su preponderancia, todo su valor y hasta su dignidad ante los pueblos civilizados: no de otro modo quedó unida al carro triunfador de las naciones industriales; y así fué como los temidos monarcas de la casa de Austria, esquilmando al país y favoreciendo á los extranjeros por medio de tratados, descendieron á ser



reyes de mendigos y súbditos de mercaderes advenedizos.

Entonces, como ahora, pero con más necesidad que ahora, se impuso España el triste deber de favorecer a los extraños con detrimento de sus naturales. Entonces y más tarde, como ahora, se ligó de un modo indisoluble con la fórmula espasiosa y doble de tratar y ser tratada como la nación más favorecida; y también, como ahora, se obligó a mantener inalterable el Arancel fiscal del tiempo de Carlos Segundo.

España conserva el doloroso recuerdo de aquellos tratados, que manchan su gloriosa Historia, y siente todavía la vergüenza de haberlos consentido y las consecuencias de los desastres que produjeron. Los tiempos son otros, es verdad; pero la forma de proceder es la misma, y los resultados serán idénticos o peores. Si hoy se necesita, para garantizar la validez de los tratados la intervención de las Cortes, no olviden los Representantes del país, en quienes reside nuestra confianza, no olvide el Gobierno mismo, a pesar de sus buenos propósitos, que esa intervención, así puede ser la salvaguardia de nuestros derechos, como la fuerza mayor destinada a remachar nuestras cadenas.

Aleccionada por ejemplo de lo pasado, España puede y debe estar en buenas relaciones mercantiles con todo el mundo; puede y debe dispensar a los extranjeros el trato más humano y amistoso que compatible sea con sus propios intereses, y con el derecho natural y de gentes. Pero España no puede ni debe ligarse indiscretamente por tratados irrevocables, que imponiendo restricciones a su libertad, menoscaban su derecho a darse las leyes que tenga por conveniente en todo tiempo, y que la obliguen a desatender el desenvolvimiento progresivo de sus facultades productoras.

Mediten las Cortes antes de autorizar unos tratados, que solo tienden a consolidar con el apoyo de potencias extrañas las recientes reformas aduaneras: consideren que esas reformas no están probadas, ni siquiera en su mayor parte planteadas, siendo posible que la experiencia y el bien general exijan su modificación en cualquier sentido; y reconozcan que, al dar su voto favorable a los tratados que parten de esa base, pueden causar a España un mal inmenso, y renuncian a la facultad de evitarlo.

Por todo lo expuesto, y anticipándonos a rechazar enérgicamente, como calumniosa, cualquiera interpretación torcida, en sentido de oposición política, que intente darse a este acto espontáneo de nuestra voluntad, rogamos a las Cortes que se sirvan negar su autorización al Gobierno para ratificar los tratados pendientes, y cualesquiera otros que haya celebrado o celebre en iguales o parecidos términos, por considerarlos inoportunos, inconvenientes y perjudiciales a los intereses de la producción nacional.

Barcelona 16 de Mayo de 1870.

Por la Sociedad Fomento de la producción nacional.—Su Junta Directiva.—Presidente, Pedro Bosch y Labrás.—Vocales, Eduardo Chacón.—José Buxeres.—José Sert.—Joaquín Volart.—Juan Prats y Rodés.—Buenaventura Catchet, Secretario.

Por el Instituto industrial de Cataluña.—Su Junta Directiva.—Vice-presidente, Juan Jauandreu.—Director, Nicolás Tous y Soler.—Vocales, José A. Salom.—Antonio Escubós.—Juan

Buxareu.—Antonio Juncadella.—Bibliotecario, Francisco J. Orellana.—Juan Costa, Secretario.

Por el Instituto agrícola catalán de San Isidro.—Su Junta Directiva.—Presidente, el Marqués de Ciudadella.—Francisco de Casanova.—Manuel E. de Casanova.—Antonio de Barnola.—Joaquín Valentí.—Tomás de Ballester.—Baudilio Caixeras.—Andrés de Ferran, Secretario.

Por el Instituto industrial de Sabadell.—Presidente, Antonio Serret y Palau.—Juan Brujas, Secretario.

Por el Instituto industrial de Tarrasa.—Presidente, Ignacio Amat.—Daniel Ubach, Secretario.

Isidoro Pons, naviero.—Francisco Romani y Puigdemolas, abogado.—Pablo M. Tintoré, naviero. (Siguen las firmas.)

A LOS PRODUCTORES NACIONALES.

La necesidad de conocer el texto oficial del tratado de comercio y navegación convenido entre los gobiernos de España y Bélgica, trayéndolo expresamente de Bruselas, para en su vista, y previo un detenido estudio del mismo, proceder del modo más conveniente a los intereses nacionales, ha obligado a la Comisión que suscribe a demorar algunos días el desempeño de las gestiones que le fueron encomendadas por la Junta de productores, compuesta de representantes de varias corporaciones, y celebrada en la Lonja de Barcelona el 22 de Marzo último, con el objeto de oponerse por los medios legales a la ratificación de dicho tratado; y los deplorables disturbios de que posteriormente han sido teatro nuestra capital y otros pueblos comarcanos paralizaron luego por completo los trabajos comenzados.

Obtenido aquel documento, que ya conoce el público, y felizmente restablecida la tranquilidad, ha reanudado esta Comisión sus interrumpidas tareas, y mientras se ocupa en llevarlas a feliz término, se considera en el deber de hacer un llamamiento al buen sentido de los productores, tanto de Cataluña, como de las demás provincias españolas, para que fijen su atención en el tratado hispano-belga, y si ven, como no pueden menos de ver, que solo al extranjero favorece, y que, por el contrario, perjudica a los intereses particulares y a los generales de nuestra nación, aun sus voluntades en un común esfuerzo, y acudan perentoriamente a las Cortes, demostrándoles la inconveniencia de autorizar su ratificación en los términos que ha sido estipulado.

Basta un ligero examen de ese tratado para descubrir en él los caracteres propios de un contrato unilateral, favorable a una sola de las partes, oneroso para la otra. Bajo las apariencias de una reciprocidad ilusoria, España se obliga a todo; Bélgica a nada. España se compromete a mantener irrevocables sus aranceles recientemente reformados, con las rebajas de derechos establecidas para el porvenir, y cuyo conjunto abarca todo género de productos, sin excepción alguna; renuncia de este modo a la facultad de enmendar cualquier error que demuestre la experiencia; cierra los ojos al peligro que puedan correr sus intereses en épocas y circunstancias desconocidas, y abdica una parte de su soberanía, en el hecho de no po-

der alterar o modificar sus propias leyes. Bélgica se reserva íntegra esa facultad de hacer y deshacer lo que mejor le convenga en su legislación aduanera, mientras no trate a España peor que a las demás naciones; parte de bases que no deben producir efectos ulteriores fuera de los ya conocidos; y obtiene la seguridad de ventajas presentes y futuras en cambio de haber aplicado a España el beneficio de sus tarifas convencionales con otras potencias.

Años hace que rigen estas tarifas convencionales, y las cifras de nuestro comercio con Bélgica dicen que ningún beneficio nos proporcionan, siendo nuestra exportación anual a dicho país de 9 a 12 millones, contra 50 a 60 que suma la importación de productos belgas en España. Hoy mismo esas tarifas contienen partidas importantes, como los azúcares, los plomos, los aguardientes y las mieles, cuyos derechos son más elevados que los del Arancel español vigente. Formando este Arancel parte integrante del tratado, España se obliga a rebajar sus derechos; Bélgica puede mantener inalterables los suyos, y elevarlos, si quiere, en sus tarifas generales.

El Arancel español, obra de la imprevisión y del espíritu sistemático de escuela, reduce todos los derechos, en plazos fijos y de antemano señalados, al límite máximo de un 15 por 100; límite que solo es dado establecer en las naciones más prósperas y adelantadas en industria y agricultura, y que la misma Bélgica conserva y aun excede en algunos casos. ¿Es prudente obligarnos de un modo irrevocable a descender a ese límite ó a otro cualquiera en un tiempo dado? ¿Quién puede asegurar de hoy para mañana, que los derechos actuales son bastantes a compensar las diferencias que existen entre el costo forzoso de nuestras producciones y el de las extranjeras? Y si esas diferencias no se compensan; si el labrador, si el fabricante, si el artesano español se ven obligados a vender con pérdida el fruto de su trabajo, ¿no será cierta su ruina? ¿Y no será justo, no será necesario acudir al reparo de tan grave daño? En tal caso, el mal podrá corregirse una vez conocido, si las Cortes y el Gobierno conservan su poder de enmendar los errores involuntariamente cometidos; pero ligada la Nación por un tratado, el remedio es imposible ó de tardía aplicación.

Ninguno de los frutos de nuestro suelo adquiere ventajas, que hoy no tenga, por el tratado hispano-belga: ninguna excepción, ningún beneficio se estipula en él a nuestro favor. Pero en cambio, los objetos de todas clases, cualquiera que sea su origen y procedencia pueden venir a España en bandera belga, sin pagar otros ni más altos derechos que si fuesen importados en bandera nacional; pero en cambio se asegura la baja sucesiva de esos derechos, y las lanas de Australia pueden concluir impunemente con nuestra abatida ganadería; los cañamos y lino de la Rusia pueden impedir perpetuamente su cultivo en nuestros campos; los trigos y demás cereales de Levante, y mañana los de América, pueden surtir cumplidamente nuestras provincias del litoral, empobreciendo más y más a las del interior, impidiendo todo comercio entre unas y otras, y haciéndonos volver a los tiempos de penuria crónica anteriores a 1820. Pero en cambio admitiremos los arroces de la India, sin perjuicio de que desaparezcan los arroces de Valencia; y consumiremos azúcares belgas, ingleses ó franceses, y aguardientes de granos, ó de uva, ó de caña, de

cualquier origen, sin poder llevar los nuestros ni los ajenos a Bélgica, ni a Inglaterra, ni a Francia, como no sea pagando dobles y triples derechos de los que aquí se imponen; y veremos otros productos nacionales de primera necesidad recargados con un 25 por 100 en concepto de arbitrios municipales y provinciales, al paso que los extranjeros de igual clase tendrán el privilegio de no pagar más de un 15 por 100 en las aduanas.

Pero en cambio, la metalurgia belga, que vence a la francesa, que ha sido fundada en cuarenta años con la más decidida protección directa é indirecta de aquel Estado, adquirirá mayor incremento a expensas de nuestras abatidas fundiciones y ferrierías de Asturias y Vizcaya, y los españoles nos dedicaremos a escarbar la tierra para exportar 50 toneladas de mineral bruto y recibir en pago una tonelada de hierro, de zinc ó de plomo. Pero en cambio las hilazas, que importamos ya por un valor aproximado de 200 millones anuales, los tejidos de todo género, la maquinaria y la ferretería, la cestería y la armería, que apenas tienen rivales en Bélgica, podrán seguir paralizando el trabajo de nuestros talleres y fábricas, y reducirlos a completa nulidad; las ropas hechas y el calzado, los mil objetos de necesidad y de lujo que dan vida a la población artesana de las ciudades y aliento a los artistas, vendrán por último a esterilizar los esfuerzos y la inteligencia de esas honradas clases, tan útiles, tan necesarias, tan atendidas en todo país culto y civilizado.

Esto no debe ser. Si el tratado con Bélgica diese a España alguna ventaja para el desarrollo de uno ó más ramos de su producción, sería concebible, aunque no fuese aceptable sin previo examen y depuración de su conveniencia. Pero nos expone por él a perder mucho sin ganar nada, siendo el único objeto aparente de nuestros gobernantes, al llevarlo a cabo, el de hacer irrevocables unas reformas que han de pasar todavía por el crisol de la experiencia, sin tener en cuenta la diferencia que hay entre un país bien administrado y libre de perturbaciones y trastornos, y otro que se encuentre, como el nuestro, en la situación que todos deploramos.

Las Cortes son españolas, y no pueden querer cohibir sus facultades de remediar en todo tiempo cualquier daño que a los intereses españoles infirieran esas mismas reformas, hechas con su autorización. Acudamos, pues, a las Cortes; acudamos con fe y decisión a demostrarles la justicia de nuestras quejas, lo fundado de nuestros temores; y como la malevolencia insidiosa de algunos hombres trata siempre de dar colorido político determinado a los actos más ajenos a toda pasión de partido, hagámoslo protestando enérgicamente contra cualquier interpretación de ese género; puesto que un sólo y único pensamiento nos anima; el de procurar el bien y la prosperidad, la independencia y la grandeza de nuestra patria. Si, a pesar de todo, no fuésemos oídos, nos quedará la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber.

Barcelona 13 de Abril de 1870.

José A. Salom.—Isidoro Pons.—Francisco Romani y Puigdemolas.—Pedro Bosch y Labrás.—Francisco J. Orellana.

De nuestro colega *El País* tomamos el siguiente suelto, con cuyas apreciaciones estamos conformes:

MEJICO Y CUBA

Conclusion.

III.

Los sucesos de Villanueva pusieron de relieve las situaciones de los dos bandos, el rebelde y el leal, el español y el anti-español. Ya estaban deslindados los campos, como dijo la autoridad suprema, el Capitán General Sr. D. Domingo Dulce; la amistad entre él y los prohombres de aquella situación ominosa, que con tan lúgubre fisonomía se alzaba, saliendo de los subterráneos en que vivió hasta entonces, estaba rota; la guerra no admitía conciliación. Tampoco debía haber tenido tréguo. Desgraciadamente la tuvo hasta cierto punto con la amnistía de 40 días concedida por el General Dulce, a pesar de que las ántes otorgadas por Lersundi y Valmaseda no habían producido ningún efecto. Ni podían producirlo, porque las treguas sólo surten buenos efectos cuando la guerra es entre caballeros, y en las guerras americanas, como ha dicho muy bien el señor Navarro y Rodrigo, todo recurso, por inhumano que sea, se utiliza contra España. La amnistía de los 40 días sirvió a los enemigos de España para alzar el Departamento de las Cinco Villas, tranquilo hasta entonces. En ese tiempo giraba su visita traidora el comisionado Sr. D. José de Armas, y los conspiradores de Villaciera venían a la Habana a tomar instrucciones de la Junta Central y combinar los futuros acontecimientos. Los rebeldes se han atrevido a quejarse del rigor de nuestro gobierno, y, sin embargo, demuestran los hechos que no ha habido guerra alguna en ninguna parte, en que tanto se hayan prodigado los indultos, en que tantas veces se haya ofrecido al enemigo el ramo de oliva. La experiencia histórica no nos ha servido para nada. ¡Quiera Dios que nos sea más provechoso ejemplo para el futuro. La historia de Méjico nos enseña que como se creía que parte de las tropas de Iturbide iban engañadas ó para dar lugar al arrepentimiento, se ofreció un indulto general a los sublevados, haciendo el Virrey que se dirigieran a Iturbide su anciano padre, su esposa y algunos de sus hijos, para apartarle de sus propósitos, é inspirarle confianza en las buenas disposiciones del gobierno. No hizo caso Iturbide de estas exhortaciones...

La historia de Cuba nos dice que en Santiago de Cuba creyeron algunos ilusos que también Céspedes podría poner benevolencia a las exhortaciones, después de haber tremolado la bandera de separación y haber alzado toda la gente del campo, y estar en armas hasta las puertas de la capital del Departamento Oriental, y hubo juntas y cabildos, y no faltó quien escribiera al Capitán General (Lersundi) un jefe de graduación de nuestro ejército, diciéndole que se ofrecía a ir al campo insurrecto con otros amigos, esperando en que lograría que los rebeldes depusieran las armas,

y a todo esto para compañero elegía a un abogado que siempre tachado de anti-español, aunque siempre cubierto con capa de leal, que luego ha aparecido nombrado por el gobierno de Céspedes, de acuerdo con la Junta Cubana de Nueva-York, ministro plenipotenciario de la República Cubana en Haití.—Felizmente el General Lersundi no se dejó engañar como el General Dulce por Armas, ni el Comandante General de Cuba autorizó la salida de los comisionados, como ellos querían, y así se evitó el futuro infalible desengaño.

IV.

He dicho en otro escrito, y repito aquí, que la rebelión de Yara no ha tenido por objeto la realización de una idea, sino la satisfacción de un odio de largo tiempo atrás existente y fomentado con una educación viciosa, ya dentro de la Isla, ya en el extranjero, la envidia de las riquezas que los peninsulares se han proporcionado con su trabajo, y el afán de ocupar todos los destinos públicos. Fundando en esto, he dicho y sostengo que este movimiento insurreccional, aparte de que carece de otros caracteres distintos, no merece el nombre de revolución con que sus agitadores lo califican, para darle prestigio y realce. Una de las quejas que exhalaban los periódicos de la época de libertad sin límites, era la de que los destinos estaban todos ocupados por peninsulares, lo cual es falsísimo, y una de las cláusulas que ponían en su plan de autonomía era que se repartiesen por igual entre los ciudadanos de la metrópoli y de la isla. Esto solo deja traslucir el carácter pobre del alzamiento. Las revoluciones de Inglaterra y Francia no paraban mientes en semejantes nimiedades. Especialmente la última aspiraba a la realización de una idea, y de ahí viene su grandeza, aunque la pasión la falseara luego, revistiéndola de negros y odiosos caracteres.

Tan es así, que con citas de folletos relativos a la independencia de las que hoy se llaman repúblicas sudamericanas, podríamos demostrar que en ellas se movieron los revolucionarios con el miserable fin de hacer suyo lo de los españoles, de sentarse los únicos en la mesa del banquete social y de ser los solos glotones satisfechos con el potage, no negro como el de España, del Estado, los únicos presuntuosos. La idea culminante de todas estas insurrecciones ha sido, pues, la de llenar el estómago y el bolsillo. En Méjico sucedió lo mismo. «R- alizada la independencia y proclamada la república, los mejicanos se abalanzaron a los empleos, como aves de rapiña sobre el cadáver que encuentran en el campo. Los mejicanos odiaban a los españoles porque estos, viviendo continuamente pobres en su país, como hoy ocurre a los que llaman indios en Cuba, pasando por mil amarguras, se hacían ricos... y con la economía a que se sujetaban, que acrecía constantemente su capital, constituían una raza de espantados desconocida aun en España... al revés de lo que

se veía en los mejicanos ó en los criollos que, educados brillantemente, no servían más que para despilfarrar la fortuna amasada por sus padres en una larga serie de años, pidiendo después a los destinos el medio de mantener su criminal holganza. (Era adagio en América: padre pulpero, hijo caballero y nieto pordiosero.)

Y esto no sólo se ve en los destinos civiles; es extensiva la inclinación a los empleos militares. Muchos mejicanos se dedicaron a la milicia; pero nadie quería ser soldado. En toda la América española ha sucedido lo mismo. Ciertos documentos cogidos por el brigadier Goyeneche al enemigo en los campos del Camagüey nos han revelado esa decidida afición de los insurrectos a ser militares de graduación. Iturbide quiso reorganizar el ejército, y el resultado de esta reorganización fué tal que en el mes de diciembre de 1821 (de setiembre es la fecha del acta de la independencia) para los 8,308 soldados que componían la guarnición de la capital, había 1,802 oficiales, desde coronel a alférez; y, como se contaban también 3,161 sargentos, cabos y músicos, resulta que de aquellos y estos había más de uno por cada dos soldados. ¿Qué se podía esperar en Méjico de esta tendencia a no trabajar como trabajaban los peninsulares? La ruina de su prosperidad. Y como no podía olvidarse fácilmente el bienestar recientemente gozado durante el régimen español y el que malas mañas ha, tarde ó nunca las quitará, la resignación no era virtud a cuya práctica pudieran avenirse los mal acostumbrados en la holganza.

Tras de la envidia anda siempre la venganza, y a la falta de bienestar propio debía seguir la tentación de apoderarse de lo ajeno. ¿Cómo lograrlo? Todo recurso, por inhumano que fuera, se ha utilizado en el continente americano contra los españoles, y, adoptada la inmoralidad como medio lícito, se hizo uso de la calumnia para aprovecharse de sus frutos naturales. Se necesitaba un pretexto, cualquiera era bueno. «Aeusados los españoles de ser los autores de todas las convulsiones porque pasaba Méjico... ya decretaba el Congreso que ningún español por nacimiento podía ejercer cargo ni empleo eclesiástico, civil ó militar, de nombramiento de los poderes generales... ya se ocupaban sus rentas ó se confiscaban sus bienes, (porque de apropiarse estos ó de sustituirlos en los empleos sólo trataban los independientes; que así han procedido y procederán, cuando sean fuertes, en todas partes, téngalo bien entendido los españoles de Ultramar).» Tiene razón para hacernos esta advertencia el Sr. Navarro y Rodrigo. Uno de los alcances que la rebelión ha ofrecido a los vago, holgazanes y ambiciosos, para atraerlos a su lado contra España, ha sido el cebo del bien ajeno. No bien se creyeron que podían triunfar, aun en los albores de la rebelión, cuando ya de público se comentaba en la ciudad de Santiago de Cuba, el plan de repartimiento de propiedades españolas, peninsulares ó insulares, que tenían los rebeldes; designándose las fincas y sus futuros dueños, ¡qué mucho que pensarán en esto, cuando

ya daban también por cosa hecha el futuro reparto ó apoderamiento de las mujeres? Y aun no hace mucho, entre los mismos papeles de los insurrectos del Camagüey, se ha visto que ya se considera no existente la propiedad, seguramente para reorganizarla después. ¿Bajo qué principios?

V.

Pero en el pecado va la penitencia, y la historia no me desmentirá si consigno que la semejanza de cosas con cosas no se limitan en América a los comienzos y medios de las insurrecciones: también alcanzan a las consecuencias. El rigor lógico de los principios teóricos se traduce en riguroso orden de hechos. No hay que darle vueltas. La lógica es despótica. La realidad es como Procusto, que tiene su lecho de hierro al cual ajusta hombres y cosas. El primer pueblo que en América dió el grito de insurrección, en son de uso de un derecho natural fué el de las colonias inglesas, que hoy son los E.-U.—España cometió la tontería de ayudar a los colonos en su empresa, y desde entonces se pudo prever, y se previó, que algún día caería sobre España la saliva que había escupido al cielo. El Sr. Conde de Aranda, a la raíz misma de haber ajustado la paz de Inglaterra en 1783, exponía al Rey sus temores en dictamen reservado. «Las colonias americanas han quedado independientes, le decía, este es mi temor y recelo... Esta república federativa han nacido, digámoslo así, pigmeos;... mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución, y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias y no pensará más que en su engrandecimiento. Sus primeras miras se dirigirán a la posesión entera de las Floridas, para dominar el seno mejicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con el Reino de Méjico siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio, el cual no podremos defender desde Europa contra una potencia grande, formidable, establecida en aquel continente y confinante con dicho país.»

Aquel grande hombre hablaba con esa intuición que es privilegio de unos pocos, la intuición de los genios; veía venir y pasar los sucesos ante su inteligencia, como se ve desfilan los soldados en un día de revista. Salí profeta. Los Estados Unidos se hicieron primero dueños de las Floridas; después, pagando mal a España y al mismo Méjico, se han hecho dueños de una inmensa parte de esa República. «Al proclamarse la República, Méjico, contando con las provincias de Yucatan y de Chiapas, tenía una extensión territorial de 216,012 leguas cuadradas, y, a pesar de que los mejicanos se hacían la ilusión de que los Estados Unidos habían de ayudarles, al proclamar y al sostener instituciones políticas iguales, fundando este cándido optimismo en las calurosas felicitaciones que al principio de su revolución les diri-

«A pesar de las satisfactorias noticias que de Cuba se reciben, ya por conducto oficial, ya por correspondencias particulares, mostrándonos la insurrección moral y materialmente vencida, pues sólo quedan de ella, no cuerpos beligerantes, sino dispersas bandas de malhechores que huyen espavoridos á ocultarse en los bosques á la aproximación de nuestros soldados, aún hay algunos periódicos, que se titulan españoles, dedicados á la tarea de sostener la insurrección con sus alarmas, sus infundadas noticias y sus comentarios, adversos siempre á la causa legítima, y favorables á sus enemigos.

Sin duda por esta conducta incalificable se harán odiosos á la casi totalidad del pueblo español, que no olvida los sacrificios y las penalidades con que nuestros soldados y los voluntarios de aquella isla sostienen heroicamente la integridad de nuestro territorio y el buen nombre de nuestra nación; pero en cambio los filibusteros de Madrid obtendrán el aplauso de la llamada Junta cubana de Nueva-York, aunque no sus simpatías, pues nadie las concede al que se declara enemigo de su patria, aunque preste servicios á los enemigos de ella.

Por fortuna, si existe una fracción insignificante que haga causa común con los rebeldes, la inmensa mayoría sigue opuesto rumbo, inspirándose en nobles consideraciones de patriotismo y de justicia. Bueno es hacerlo constar así una y cien veces, para que jamás nuestros hermanos de Cuba, los que allí sufren toda clase de penalidades y prodigan su oro y su sangre en defensa de la honra y de la integridad nacional, ya que no sean recompensados como merecen, tengan siempre la seguridad de que España agradecida no puede olvidar su valor, su constancia ni su patriotismo.»

Del *Diario Español* tomamos lo siguiente:

«El *Sufragio Universal* publica hoy un nuevo artículo sustentando la doctrina de que el único medio de transigir la cuestión de Cuba consiste en «la venta de la Isla á los Estados Unidos» ó «la emancipación de la isla, bajo la garantía de aquella república.»

El *Sufragio* no tiene en cuenta una circunstancia muy atendible; y es la de que ni antes ni ahora han tratado el Gobierno de España ni las autoridades de Cuba, ni el pueblo español, ni el hispano-cubano, de transigir la tal cuestión, sino de reprimir, vencer y castigar la insurrección, escarmentando duramente á los traidores, para que esos castigos sirvan de escarmiento por lo presente y lo venidero.

Y si no se pensó en transigir cuando la insurrección se presentaba boyante y amenazadora, y los Estados Unidos ofrecían sus buenos oficios, ¿cómo hemos de pensar en transigir hoy que España y Cuba están á punto de recoger

el fruto de sus esfuerzos, aniquilando para siempre una insurrección vencida, agonizante y descreditada en todo el mundo?

«Creanos. El *Sufragio*: deje en paz á los insurrectos, seguro de que ha llegado su última hora y de que nadie en el mundo, excepto la generosidad y nobleza hispano-cubana, podrá librarlos del fin desastroso y funesto, á que se iban hecho acreedores.»

EXTRANJERO.

Las interpelaciones de M. Bethmont á propósito del comité del plebiscito en el Cuerpo legislativo francés anunciaban una sesión borrascosa. Apenas había acabado el orador su exordio, cuando interrupciones violentísimas estallaron de los bancos de la derecha que monsieur Bethmont dijo estar ocupados por el «partido conservador.»—Somos tan liberales como vos, exclamó Mr. Granier de Cassagnac; y la derecha indignada, hizo eco á esta protesta... Mr. Bethmont se vió obligado á retractarse, ó más bien, á completar su frase para calmarlos. Calificó á la derecha de «partido conservador liberal.» Mr. Granier de Cassagnac se apaciguó y el silencio se restableció. El orador se limitó á presentar una orden del día concebida en estos términos: «La Cámara, convencida de que los comités electorales tienen siempre su razón de ser y su utilidad, pasa á la orden del día.» Después cedió la palabra á Mr. Clément Duvernois, miembro del comité del plebiscito. Este orador aseguró que la Francia es hoy el solo país libre en donde la asociación está sometida al régimen de las autorizaciones. Dijo que en Inglaterra, Alemania, Bélgica é Italia, la asociación está considerada como un derecho; se la reglamenta ó se reprime sus excesos, pero el ejercicio de este derecho no está subordinado al capricho del Gobierno, y añadió que éste debía servirse del art. 291 del Código penal en provecho del partido «conservador-liberal.» El orador conservador-liberal rechazó esta insinuación mal intencionada, diciendo que ni él ni sus amigos trataban de poner obstáculos al Gobierno para autorizar otras asociaciones electorales.

El Gabinete no ha aceptado la insinuación que se le ha hecho de inaugurar en provecho del comité del plebiscito este régimen arbitrario, y pide la orden del día pura y simplemente como la ha presentado Mr. Bethmont. Esta fué aprobada por una inmensa mayoría, votando con ella muchos miembros del comité del plebiscito, entre los cuales figuraba Mr. Clément Duvernois. El partido «conservador-liberal» de la derecha que nació á las primeras palabras de Mr. Bethmont no existía ya.

fica y levanta á los pueblos en sus mayores adversidades.»

CONCLUSION.

No hay demostración completa si después del análisis no sigue la síntesis; si después de la descomposición de una idea, en sus detalles variados, no viene su conjunto, no se conoce su verdad y su belleza, y el trabajo analítico se vuelve poco menos que infructuoso. Así, pues, proceded ahora, para complemento de este escrito, condensar en breves frases el pensamiento fundamental del folleto y la lección histórica que de él se desprende. Hé aquí ese pensamiento. La aparición importante é inmoderada del liberalismo fué el hecho que desgajó del árbol español la rama hermosa de la Nueva España. Esa misma arma iba á destruir las ramas restantes, las dos únicas que le quedaban; y á haber detenido su golpe con una energía espontánea, unánime, deberíamos ser de España todavía; pero aún está el hecho sobre nuestras cabezas; nuestros enemigos situados en Madrid y algunos hermanos nuestros, obcecados, engañados por la astucia de aquellos, la mantienen en esa disposición amenazadora, como la espada de Damocles, y no habrá salvación para nosotros si cedemos, si volvemos atrás de nuestra conducta pasada, si mudamos en una palabra, de criterio político.

Desgracia inmensa será para España y para nosotros que no oremos como hasta ahora. Sin embargo, no faltan quienes, enamorados de las palabras y de las formas, sin parar mientes en los hechos, en el fondo de las cosas, se resisten á estos consejos; á título (que les parece á un tiempo justo y el más conveniente) de que son anti-liberales y opuestos á la corriente del siglo, y esto reclama de mi parte una explicación que desvanezca el error de los que así piensan. ¿Es ante-liberal el Señor Navarro y Rodrigo? Nada de eso. El folleto «Iturbide» no contiene un programa de sus principios políticos, porque no entra en su exposición en el objeto y plan de su obra; pero sí se ven en algunas de sus frases las indicaciones bastantes á contestar categóricamente en sentido negativo. No lamenta, ántes bien, aplaude la Revolución de Setiembre, y gusta de su sombra: lo único que condena es su dirección, y aconseja al Gobierno que varie de rumbo, haciendo bajo el espíritu de ella una política más nacional, más conforme al modo de ser de España; porque el haberse separado de rumbo es lo que ha detenido el desenvolvimiento majestuoso de una idea grande, concebida en un principio, y ha esterilizado aquel árbol de la libertad, con tanto valor plantado y destinado á dar sabrosos frutos, si no se le torcía con imprudente mano.

También se equivocará grandemente quien á mí me juzgue enemigo ciego del liberalismo. Si como antitético del gobierno absoluto despótico, que se inspira en el pensamiento individual, y en él únicamente cifra los derechos de la justicia, haciendo de la voluntad del poder la ley, el liberalismo consiste en que la ley sea la expresión pura de la justicia, yo soy, francamente, muy

De una correspondencia de Florencia, de 24 del corriente, extractamos lo siguiente:

«Se ha restablecido la tranquilidad en toda la Península, y no creo que en adelante se turbe. Los últimos movimientos eran los colorados, los accesorios de un movimiento general. Esto puede considerarse demostrado por las gentes de buena fé.

No me engañaba al hablarlos del papel que han representado los hijos de Garibaldi. El mayor, Menotti, no contento con una carta que ha dirigido á un periódico de Milan, ha publicado la siguiente epístola, que vale la pena de ser reproducida; la dirige á un periódico de Bolonia:

«Mi querido amigo:
«Os doy las gracias por vuestra amable carta.
«Lanza (el Presidente del Consejo) menta cuando en pleno Parlamento me representaba como el paladín del gobierno de Victor Manuel. Al mismo tiempo me hacía vigilar por un delegado de la policía, y los carabinieri y los guardas se han establecido alrededor de mi casa durante los tres días que ha durado el movimiento.
«No tengo necesidad de hacer mi profesión de fé republicana. Podía deplorar la excesiva impaciencia de jóvenes generosos; pero por cuenta de quién había de combatirlos? De esa reunión de ladrones y canallas que se llama el gobierno italiano? Nunca.
«Saludad á mis amigos y decidles que mi carabina está pronta, y que estaré en mi puesto cuando llegue el momento oportuno.
«Haced el uso que queráis de esta carta.
«Vuestro compañero y amigo,
MENOTTI GARIBALDI»

VARIEDADES.

Ha tenido lugar en el teatro de los Bufos Arderius, en la noche del domingo 29 del corriente, una función en que los sargentos de la Dirección general de Infantería han puesto en escena la comedia del célebre poeta D. Manuel Breton de los Herreros, *Marcela*, y una comedia escrita expresamente para ese objeto, titulada *Cuba española*. El objeto de la función ha sido reunir fondos para socorrer á los inválidos de la presente campaña en Cuba.

A continuación insertamos una de las composiciones que se leyeron después de terminada la representación de la primera pieza.

¡VENCER Ó MORIR!

«España! ¡patria mia! Eden de amores,
Do la vida al honor siempre se aduna,
Donde cantan mejor los ruseñores,
Do la tierra es feza como ninguna
Y es más grato el aroma de las flores!

España independiente y altanera
Por fratricida lucha hoy destrorada,
Que ocho siglos de guerra encarnizada
Has llevado este lema en tu bandera:
¡Integridad ó muerte, todo ó nada!

liberal: yo, que he sido ministro de la justicia, que no condena sin oír al reo, que tiene sus oídos siempre abiertos igualmente para el pobre que para el poderoso, que es esclava de la ley, que se alza sobre todos y no se humilla ante nadie, por fuerza que se emplee contra ella, por más que halague sus pasiones la voz de una sirena, en forma del interés positivo, ó de la gloria, ó de una estimación especial ó de cualquier otro móvil atractivo; yo, por instinto, por haber mecido mi pobre cuna los aires de la libertad práctica, por mi educación, adquirida en el seno amoroso de una sociedad democrática, por mi oficio, por los cuatro costados, en fin, soy liberal: yo no quiero que el hombre, á quien se ha dado la inteligencia para que viva á su luz, sea gobernado con palo de ciegos; yo, que resisto que me gobiernen á la fuerza, no quiero que los demás lo sean; yo, que soy pobre, y me indigno ante la idea de ser postergado al rico en el templo de la justicia, no quiero que injustamente se me ponga delante ó más alto de los que sean más pobres que yo; yo, que quiero para los demás toda la justicia que para mí deseo, no puedo dejar de ser liberal: yo soy así liberal hasta la pared de enfrente. Si condeno la revolución de Setiembre, en algunas de sus evoluciones, es precisamente por lo que han tenido y tienen de anti-liberales, de absolutistas, de anti-nacionales; y si por desgracia se ha falseado su buen curso en la Península, lo que deseo es que en su aplicación á estas Antillas no se le dé el mismo fatal sesgo.

Tampoco soy anti-reformista ni amigo de *status quo*. He dicho en otros escritos, y no me canso de repetirlo, apropiándome una frase feliz del Sr. Pacheco, «no soy revolucionario, pero soy reformista.»—No quiero esto decir que acepto todas las reformas, sino las buenas, las maduras, las prudentes, las que exige cada situación, cada época, cada necesidad. ¿Y quién no piensa lo mismo? ¿Y quién ha dicho que las Antillas han permanecido sin movimiento, sin reformas, desde que España manda en ellas? Lejos de ver estacionamiento, falta de vida reformista, lo que yo lamento es que, desde 1854 acá, ha habido sobra de reformas. Fácil me sería probarlo. Yo formo, pues, en las filas de los que quieren avanzar, pero sin asentar el pie en el suelo ántes de convencerme de que lo voy á poner en terreno firme. Yo quiero que se observe la ley de la naturaleza. Los animales no se desprenden de los hijos hasta que pueden vivir libres: los hombres dan á sus hijos tanta más libertad de acción, cuanto son más virtuosos, menos expuestos á descarrilarse de la senda del bien: quiero, pues, en las naciones, esta regla: á más virtudes, más libertad: á más inclinación al abuso, más restricción. Por no haber obrado así, por haber hecho liberalismo anti-nacional, se perdieron las Américas para España, y por hacer política anti-liberal, van después de haberse separado de España, camino de la tiranía, al salvajismo. Yo deseo evitar igual suerte para las Antillas. No me deleito con los nombres: me gusta más la esencia de las cosas. Me repugna el absolutismo de las Repúblicas,

¿Te dejarás vencer? ¡Morir primero!
¿Qué es la vida sin honra para España?
¿Para qué ha de vivir el pueblo Ibero,
Do la hazaña es costumbre, no es hazaña?
Si hollado ha de mirar su orgullo fiero?

Mas allá de los mares ¡qué locura!
Olvidando sin duda nuestra historia,
Se han lanzado al azar, á la ventura...
A sumir á la patria en la amargura,
A manchar nuestras páginas de gloria.

¡El león de Castilla es invencible!
¿De su pendón no cede ni una triza!
¡Jamás vivir vencidos! ¡imposible!
O sofocar la rebelión punible,
O perecer en la sangrienta liza.

¡Mirad! ¡mirad un buque en lontananza
Dibujar su contorno sobre el cielo
Allá... donde la vista apenas alcanza;
Mirad cómo se aleja de este suelo,
Cómo por alta mar ligero avanza.

¿Le veis desafiar la mar airada
Dejando atrás del agua inmensas moles,
Que quieren impedir su marcha osada?
¿Le veis seguir sin que le arredre nada?
¡Es porque van allí los españoles!

Son los que siglos há, dominadores,
Pueblo guerrero y fuerte sin segundo,
No bastando ser ellos los mejores
Y someter á esclavos y señores,
Necesitaron ensanchar el mundo.

¡Adios! ¡adios! ¡llegad en bien, hermanos,
Do á la patria rodean mil peligros.
¡Oh voluntarios, heroes castellanos!
Sed por vuestros esfuerzos sobrehumanos
La admiración de los futuros siglos.

Mas ¡ay! que el buque á nuestras costas vuelve
Lento... cual la cansada gaviota,
En torno á él la muerte se revuelve
Y de sangre un vapor rojo le envuelve
Tifando de carmin su entena rota.

Oyense los tristes uedidosq
De los que vienen de Ultramar heridos,
Se queja el aquilon, suspira el viento,
Y haciendo coro á tantos alaridos
Brama la mar con dolorido acento.

Hermanos nuestros son ¡ay! sin ventura;
¡Su existir será sólo entre dolores!
¡Pallamos de su vida la amargura!
¡Mitiguemos del hambre los rigores!
¡Hagamos su existencia ménos dura!

Otros... han muerto en las tremendas lizas
Lejos de su cariño y sus hogares
Yaciendo en tierra extraña sus cenizas...
Inmolaron, cual buenos militares,
Su vida de la patria en los altares.

¡Mártires de la patria! os vengaremos,
Por la cruz de la espada lo juramos,
En el cruel combate venceremos
O, cual vosotros antes, moriremos,
Que vencer ó morir sólo anhelamos.

MIGUEL FERNANDEZ.

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas. 17.

gló la gran república, lo cierto es que, después de una guerra sangrienta y desdichada, por el tratado de paz que se celebró en 2 de febrero de 1848 en la villa de Guadalupe, hubiera de cedérselas las provincias de Tejas, de Nuevo-Méjico y alta California, en totalidad, y una porción considerable de los Estados de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas; esto es, una extensión de 409,944 leguas cuadradas, con más otras 1,938 como indemnización de una suma de quince millones de pesos, de modo que vino á perder Méjico más de la mitad de su territorio.»

Y aún perderá más, porque la ambición del coloso del Norte no está satisfecha; pero el peligro amenaza también á España. El año 1820 se publicaba, en una de sus ciudades, un periódico que, al hablar de las cosas de Cuba, precedía el artículo que de ellas trataba con el dibujo de una águila que tenía puesta una de las uñas de sus garras sobre Cuba; y en estos mismos días hemos visto que el Senador Mr. Sumner ha dicho, ó se ha supuesto cuando menos por más de un periódico, que Cuba caerá en poder de los Estados-Unidos por la natural fuerza de las cosas, como una fruta bien madura cae por sí al suelo. Aprendamos en estos hechos.

VI.

Al llegar á este punto, recomiendo fría meditación sobre las semejanzas que, con el precioso libro del Sr. Navarro y Rodrigo en la mano, he ido notando, de las causas y los sucesos que dieron origen y vida á la insurrección de Méjico, pues tienen demasiada afinidad con las causas y hechos de la de Cuba, y hubiéramos podido despertarnos en el mismo precipicio, si no hubiéramos antepuesto en momentos de gran peligro á las simpatías de orden público el sentimiento nacional. Cerrando la puerta á la política, cuando conspiraba á desunirnos, al revés de lo que hicieron los españoles, de Méjico, que se la abrieron de par en par, hemos permanecido unidos en el mismo pensamiento y nos hemos salvado; luego debemos evitar que la discordia nos debilite y nos arruine. La constante ebullición política ha matado á las repúblicas hispano-americanas, y esa febril ebullición nos iba á matar también en Cuba. El sentimiento de la nacionalidad, entusiasta, decidido, nos ha salvado, como en una serie de artículos bien escritos ha demostrado el ilustrado Director de este periódico. (1) Que el mismo sentimiento nos mantenga siempre unidos, que nos guíe, sacrificando en el altar de la patria, y pensando, como dice el Sr. Navarro y Rodrigo al notar que en la emancipación de Méjico influyó la división de los partidos «en que hay algo superior á los principios políticos, á la grandeza de la libertad y á la magestad del poder, que los debía unir á todos en momentos tan solemnes, el sentimiento inmortal de la Patria, único que consuela, vivi-

(1) El *Diario de la Marina*.